

## EL PAPEL DE LA TEOLOGIA EN LA EVANGELIZACION DE LA CULTURA DESDE SUS RAICES

Trabajo presentado en el Encuentro Nacional de Pastoral Universitaria, en el mes de octubre de 1983.

Existe una estrecha relación entre la teología y el proyecto evangelizador de la Iglesia, como es evidente. Pero ¿qué tipo de relación es ésta? No se puede decir propiamente que el objetivo específico de la teología sea el de la evangelización, sino más bien que la teología es una actividad que, en último término, tiene que realizarse en función de la misión evangelizadora de la Iglesia, del cristianismo. Es la existencia cristiana misma, tanto de las personas en concreto, como de la comunidad que ellas constituyen, la que está llamada a realizar la misión de evangelizar la historia humana en todas sus dimensiones. ¿Cómo hacer para que la teología se convierta realmente en una actividad que contemple como la más importante de sus miras, la de servir a la Iglesia, para que en ella se despierte siempre mejor su propósito evangelizador? ¿Qué tipo de teología tiene que ser cultivada con este fin?

En principio se puede afirmar que a la teología le corresponde suscitar la conciencia refleja y explícita de la existencia en la fe; se puede decir también que a la teología le corresponde integrar dicha conciencia en el contexto general de toda la conciencia que el hombre debe adquirir de su existencia humana, conciencia ésta que se logra despertar por medio de actividades complementarias, una de las cuales es la actividad teológica: con esto se enuncia la necesidad de la participación de la teología en el diálogo interdisciplinario; se puede, en fin, decir, con base en los enunciados anteriores, que la teología debe elaborar una expresión que reproduzca convenientemente el sentido pastoral evangelizador, que tiene que tener necesariamente la existencia en la fe.

Todos los enunciados anteriores tocan aspectos y niveles del problema de la evangelización de la cultura, desde sus raíces, en la perspectiva concreta de la teología.

## 1. EL DISCURSO TEOLOGICO ACTUAL SOBRE LA EVANGELIZACION COMO MISION PROPIA Y ESPECIFICA DE LA IGLESIA

La teología existe, en último término, en función de la Iglesia, a la que corresponde necesariamente la misión de evangelizar.

Nuestros días han sido especialmente fecundos en la tarea de precisar el sentido de la misión de la Iglesia. Tal vez se podría recordar, brevemente, lo que tradicionalmente comprendíamos como misión de la Iglesia, para que aparezca mejor la trascendencia de las afirmaciones actuales sobre la misma.

Refugiados en el campo de lo estrictamente sagrado, por contraposición con lo que acontecía en el campo de lo profano, considerábamos la misión de la Iglesia como la realización de actividades religiosas. Era la época de la dicotomía entre lo sagrado y lo profano: el Cristianismo se vive, pensábamos, en el primer dominio. Ser cristianos significaba, por lo tanto, delimitar un momento y un espacio (la celebración dominical en el templo, por ejemplo), para realizar una acción religiosa.

Del templo hacia afuera ya no nos encontrábamos en el dominio de lo propiamente cristiano: era el mundo de lo simplemente humano. De la misma manera hay que señalar que la fe cristiana se vivía fundamentalmente en función de otra vida, más allá de la muerte, mientras que la vida actual sólo era considerada como una especie de escenario para el "ensayo de la vida eterna". Habría que añadir a lo anterior el fenómeno de la llamada "privatización del Cristianismo", que hacía concebir el proyecto cristiano preferentemente en función del individuo, que se consideraba como sujeto de la perfección y de la salvación, sin que se insistiera propiamente en las implicaciones socio-comunitarias de su proyecto.

Muy diferente ha sido lo que ha quedado en limpio del redescubrimiento del sentido auténtico y original de la misión cristiana y eclesial en nuestros días. La existencia cristiana afecta, como misión, a toda la vida humana; a la vida actual ya decisivamente. Todo aquel que se llame cristiano tiene que afrontar la vida de todos los días y con todas las circunstancias que la caracterizan, desde la perspectiva de la misión que ha asumido.

A esta misión se le designa hoy, muy acertadamente, como la misión de la *evangelización*. La misión del Cristianismo es la de evangelizar. Evangelizar es también, por lo tanto, la misión de cada cristiano en particular y la de todos, en sentido eclesial, y desde dentro de todas las actividades que el hombre desarrolla, actividades que van dejando un resultado total como situación, como cultura. Evangelizar significa anunciar una buena noticia (un evangelio). No se trata, claro está, de

anunciarla solamente, sino de poner por obra esta buena noticia y de impregnar con el sentido que ella da, toda la realidad.

Evangelizar es, más en concreto, proclamar y realizar los grandes valores de la vida, de la existencia humana. A eso hemos sido llamados y enviados por Jesucristo. Se trata de los mismos valores humanos, pero asumidos con la radicalidad y la profundidad que ellos pueden adquirir desde Dios. Las virtudes de las que habla el Cristianismo son las mismas virtudes humanas (amor, servicio, perdón: fraternidad), pero comprendidas, desde Jesucristo, en un grado de intensidad y de significación profunda, que es inagotable.

De esta tarea evangelizadora se dice en nuestros días que ella tiene que ser realizada desde las raíces mismas de la realidad y que ella no puede consistir en la aplicación de un puro barniz superficial que se imprime a la cultura. Para mejor comprenderlo podemos señalar, en primer lugar, la distancia que se debe mantener entre lo que podríamos llamar sacralización y la evangelización; y, en segundo lugar, podemos señalar lo que se entiende por evangelización en el sentido de realización profunda de lo humano.

### **1.1. Diferencia que existe entre sacralizar la realidad y evangelizarla**

Se puede decir que ha sido un logro positivo de nuestros días el de liberar las realidades temporales de un indebido entrometimiento en ellas de una dimensión de sacralidad que, en lugar de dignificarlas en su existencia propia, las tergiversa. ¿No se ha llegado a reconocer una significación positiva y benéfica de un sano proceso de secularización? ¿Qué distancia existe entre el riesgo de una sacralización indebida de la cultura y su evangelización desde las raíces?

Los últimos decenios de este siglo han conocido un importante capítulo en la teología cristiana, dedicado a la reflexión acerca de las llamadas "realidades terrestres" o "realidades temporales". Es un rasgo característico del Cristianismo, si se le compara con la mayor parte de las religiones de la humanidad, el que hace aparecer la originalidad que lo identifica: el Cristianismo no es un sistema religioso que establezca como condición previa para sus miembros la fuga del mundo real, el abandono de las realidades temporales, el refugiarse desde el momento presente en un mundo imaginario y soñado. La historia real del Cristianismo nos obliga, es cierto, a recordar interpretaciones menos afortunadas de la fe cristiana, que van desde el descuido de la valoración de las realidades terrestres, hasta la calificación de las mismas bajo el signo del peligro y del pecado: el mundo es malo, es un riesgo para la salvación: es necesario salir de él. Diametralmente opuesta era la actitud de Jesucristo al respecto y así fue entendida por los mejores

intérpretes del Cristianismo. El mundo, entendido como el escenario de la vida humana, constituido como cultura, así como también la vida humana real, entendida como la historia de los hombres que producen dicha situación con su existencia personal y social, fueron mirados por Jesucristo como la verdadera posibilidad y el auténtico ambiente en el cual debía acontecer el Reino de Dios y en el cual debía jugarse la salvación definitiva de los hombres. No por evasión, sino por compromiso positivo. Es cierto que existe un juicio de Jesús sobre el mundo (Jo. 17) y un urgente llamamiento para liberar al hombre de las ataduras del mal, presentes en él. El juicio de Dios, revelado en Jesucristo, denunciaba, sin embargo, ante todo las intenciones profundas de pecado, que han llegado a hacer del "mundo", o mejor de la historia humana, un sistema afectado por el mal. Pero en sí mismas, las realidades temporales aparecen, en la perspectiva de Jesucristo, como la verdadera posibilidad real de hacer acontecer el Reino de Dios y de generar paulatinamente la salvación en plenitud.

Es necesario reconocer una nueva mentalidad en la Iglesia de nuestros días al respecto, mentalidad que ha tratado de responder con fidelidad al espíritu de Jesucristo: dentro de las perspectivas dialogales, que se han manifestado desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha contemplado a los hermanos cristianos separados y a las religiones no cristianas. Aún los hombres no cristianos, que cultivan ideales verdaderamente humanos, han aparecido como interlocutores cercanos. Una expresión culminante en la actitud dialogal, proclamada por el Concilio, fue la del diálogo de la Iglesia con el mundo. Para fomentar y para iluminar este diálogo se elaboró uno de los documentos fundamentales del Concilio, la Constitución Pastoral "*Gaudium et Spes*". En este documento y en muchos otros, dedicados por ejemplo a la cuestión social, los cuales han creado ya toda una tradición desde la época del Papa León XIII, aparece demostrada la natural preocupación de la Iglesia por poner por obra la originalidad del Cristianismo en este aspecto del compromiso positivo en el mundo.

Existe una teología de las realidades terrenas o temporales, a las que se les reconocen sus propias leyes intrínsecas, cuyo conocimiento y manejo es competencia del hombre sin más, leyes que no pueden ser simplemente reemplazadas por los principios morales y religiosos. Es así como el Concilio hace un balance de los principales problemas más urgentes del momento actual y comenta ampliamente, de manera no exhaustiva, el hecho cultural total: lo económico, lo político, sobre todo el hecho total objeto de la macro-política, principalmente en función de un nuevo orden universal.

¿Qué es lo específicamente evangelizador en esta tarea de los cristianos en relación con las realidades temporales? ¿Qué es lo que dis-

tingue la tarea evangelizadora de la Iglesia de una actividad sacralizadora en relación con las realidades terrenas, sacralización que tergiversaría el sentido de la misión?

En la época del Papa Pío XII se hablaba de la acción de los laicos en el mundo como de una auténtica labor de "consagración" ("consecratio mundi"). Es interesante el cuidado con el cual fue reasumida la expresión por el Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium* 34), con la precisión de que no se trata de privar a las realidades temporales de sus propias leyes profanas, valederas por sí mismas, para convertirlas en realidades sagradas, como si sólo así pudieran ellas adquirir consistencia y validez, sino de impregnarlas desde sus raíces con el mejor espíritu profundo, que las ennoblece desde la perspectiva de los valores, en el sentido de los ideales.

## 1.2. La evangelización y la realización profunda de lo humano

En un escrito antiguo de un autor cristiano desconocido, se resumían hacia el año 150, de manera maravillosa, las respuestas que los primeros cristianos podían dar a los paganos que se interrogaban acerca de la fe específica de aquellos: "¿Qué Dios es ese a quien sirven estos hombres, superiores a la vida y a la muerte? ¿Qué misterioso vínculo los une entre sí, para que se amen con el amor con que se aman? ¿Cómo, de pronto, en esta época justamente, y no antes, ha aparecido en el mundo esta raza nueva y este género nuevo de vida?". "Lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo" (*Epist. ad Diognetum* 6: Ed. FUNK, I p. 400).

La afirmación cristiana del S. II puede ser repetida hoy, cuando se trata de dar respuesta al interrogante acerca del significado específico de la evangelización.

De todas las religiones de la humanidad se puede decir que ellas representan la expresión de la problemática de las grandes interrogaciones que se plantean los hombres. Y no sólo se puede decir esto de las grandes religiones institucionales de la humanidad, sino también de todas las manifestaciones religiosas, aún de las más simples y primitivas. La religión, en términos generales, pone al hombre ante su dimensión más profunda y determinante, permite vibrar en él las fibras más profundas de la existencia y hace que, desde esa profundidad, sea mirada toda la realidad y asumido todo el proyecto humano.

También el Cristianismo, como es obvio, está llamado a desempeñar esta función. En este sentido ha sido considerado el Cristianismo como una de las grandes religiones de la humanidad. Pero su originalidad es manifiesta, si se le compara con cualquiera de las otras religiones de la humanidad. El Cristianismo no es una religión que ponga

al hombre ante su dimensión más profunda y determinante simplemente en cuanto que le ofrece la posibilidad de vivir, de manera paralela, una vida extraña y diferente de la real. No significa esto que nuestra valoración del Cristianismo tenga que ser hecha a expensas del valor que tienen las otras religiones o los otros fenómenos religiosos de la humanidad, o que sea necesario prescindir de su dimensión religiosa. Pero sí es cierto que el Cristianismo presenta una originalidad propia: no ubica al hombre en un mundo materialmente distinto, que niegue o desconozca la realidad y la significación del mundo histórico, el valor de la vida humana en cuanto tal, sino que lo compromete, de manera más exigente, en el mundo y frente a la vida. De Jesucristo, la persona que está en la raíz misma de nuestra existencia de cristianos, se ha dicho algo que podría ser bien entendido: que no es él simplemente el fundador de una religión, sino más bien el originador para los hombres de una manera especial de vivir la vida real, la vida ordinaria, la de todos los días, la de todas las realidades. El originador de un nuevo espíritu, el espíritu evangélico. Las formas mismas explícitas religiosas que adquirió el Cristianismo, como lo son los sacramentos y todas sus prolongaciones, no pretendían convertirse en acciones que debían realizarse en ruptura con la vida real. Esas formas religiosas permiten, por el contrario, asumir la vida humana real, la existencia tal como ella es, en profundidad, y expresarla con esas mismas características de profundidad.

Que ser cristianos significa "ser en el mundo como lo que es el alma en el cuerpo" es entonces tanto como decir que los cristianos asumen la vida humana desde su dimensión más profunda; que ellos orientan el proyecto humano real en función de los mejores ideales imaginables. En todos los momentos de la historia han tenido una importancia incalculable todos los movimientos que han tratado de sacar al hombre de su superficialidad: ha sido éste un importante servicio de las religiones. En el momento actual, en el cual el mundo nuestro está especialmente amenazado de superficialidad, el Cristianismo está llamado a desempeñar también el importante servicio de despertar la dimensión de la profundidad en la vida de los hombres y el de impulsarlos para vivir la existencia humana en función de los mejores valores. Vivir la vida en profundidad, asumir la responsabilidad humana, personal e histórica, desde sus raíces y en función de las metas más nobles, impregnar desde lo más profundo la cultura con el espíritu del evangelio: esa es la tarea muy diferente a la discutida de sacralizar las realidades temporales indebidamente. Esa es la significación actual, pero no nueva sino siempre constitutiva, del Cristianismo, que comprendemos como misión evangelizadora. Al asumir los hombres esa empresa en todas sus actividades y al llamarse por lo tanto cristianos, llegan a ser en el mundo "como lo que es el alma en el cuerpo".

## 2. LA TEOLOGIA ACTUAL DEBE INSPIRAR Y ANIMAR LA INTENCION EVANGELIZADORA DE LOS CRISTIANOS

Lo expuesto hasta aquí puede ser definido como un discurso teológico-pastoral que demuestra, de manera puramente ejemplar, que esta actividad que llamamos teología está en condiciones de expresar, por medio de un lenguaje no sólo descriptivo sino también prospectivo (“performativo”), la conciencia adquirida en nuestros días acerca del sentido de la misión del Cristianismo y de la Iglesia, en cuanto tarea de evangelización de la realidad toda desde sus raíces. Lo dicho indica también, en alguna forma, que la teología actual se debe emprender de nuevo como un servicio en función de dicha conciencia, si no quiere convertirse en una actividad que, aunque no podría tal vez ser calificada sin más de estéril y de superflua, sin embargo no llegaría a alcanzar propiamente sus objetivos.

Pero ahora conviene señalar aquí lo que constituye la naturaleza y el sentido propios de la teología y las características que ella debe revestir para poder ser sensibilizada en la dirección indicada.

### 2.1. La naturaleza, el objeto y el objetivo de la teología

Para no entrar de lleno en las discusiones acerca de la forma mejor de definir la teología, podemos partir de una afirmación mínima: la teología es la ciencia de la fe. Esta concepción tradicional, relaciona a la teología con todo lo que podríamos designar como conocimiento. Desde aquí se puede esclarecer tanto el estatuto epistemológico de la teología, como sus objetivos.

#### 2.1.1. La naturaleza de la teología

Para determinar la naturaleza, la estructura concreta y el método propio de la teología como ciencia se han tenido en cuenta los principios establecidos para designar a una actividad del conocimiento como ciencia. Se hace actualmente una distinción explícita entre la noción antigua, aristotélica, de ciencia, y la noción moderna (en el sentido de las ciencias positivas, o de las ciencias fenomenológicas o de las ciencias del espíritu). Es, sin embargo, la estructura misma del objeto de la teología, que podemos designar por medio de las nociones correlativas de *revelación y fe*, lo que puede sugerir verdaderamente el tipo de reflexión al cual puede dar lugar este objeto. Sólo después, el recurso a la iluminación que ofrece la actividad científica, en especial la de las ciencias humanas, podrá esclarecer el estatuto científico de la teología en sus diversas funciones.

### 2.1.2. El objeto de la reflexión teológica: revelación y fe

La definición mínima tradicional de la teología, como ciencia de la fe, establece a la fe como objeto de la teología. En realidad también la noción de "fe" debe ser tomada aquí en un sentido amplio, y de manera más exacta podríamos decir que el objeto de la teología está constituido tanto por la revelación de Dios, percibida de alguna manera por el hombre, como por la respuesta de fe del hombre a esta revelación. La estructura pues del objeto de la teología puede entenderse como la de la relación interpersonal "revelación—fe". También se denomina así, en términos generales, a todo lo que constituye la religión, en cuanto fenómeno que puede ser definido como una comunión interpersonal entre Dios y los hombres.

Este objeto de la teología tiene una significación específica en el Cristianismo, precisamente cuando hablamos de teología y no simplemente de ciencias de la religión: se trata de la revelación cristiana, o de la revelación de Dios en la historia, judía en principio y finalmente en Jesucristo, culminación de esta revelación; y se trata de la fe específicamente cristiana, respuesta a esta revelación histórica.

Pero este objeto de la teología no lo es, o no debería serlo, simplemente en sí, sino en cuanto constituye realmente una experiencia real del hombre: la revelación de Dios vivida por el hombre en la fe es el objeto de la reflexión teológica, en principio. Sin embargo, ya la teología tradicional afirmaba que también puede ser considerada como objeto de la teología toda realidad "sub ratione Dei". Y, en verdad, sin esta afirmación difícilmente se podría comprender el sentido completo de lo que llamamos actualmente teología. Esto hasta tal punto, que, en cierta forma, podríamos decir hoy que la teología tiene por objeto simplemente toda la realidad vivida desde la perspectiva de la revelación y de la fe. En este sentido, el objeto de la teología no difiere en sí mismo del objeto de las demás actividades del conocimiento, pero sí en razón de la perspectiva desde la cual es abordado este objeto: la revelación—fe.

### 2.1.3. El objetivo inmediato de la teología: la toma de conciencia refleja de la fe vivida y prospectada

La teología es actividad sistemática por medio de la cual se toma conciencia de la fe vivida y se proyecta vivir la fe. Tradicionalmente se decía ya que, tanto el hecho de la revelación, como el hecho de la respuesta de fe del hombre a esta revelación, que se implican intrínsecamente como dos aspectos de un mismo fenómeno total, son un objeto que pide ser reflexionado y que da lugar entonces a lo que llamamos la teología.

La teología tradicional ha insistido especialmente en el hecho de que es la fe la que pide ser reflexionada, o que es un comienzo de teología, o que implica intrínsecamente la teología como esfuerzo de reflexión. Es lo que se ha afirmado con el axioma escolástico de la "fides quaerens intellectum". Sin embargo, vale la pena señalar que es todo el fenómeno religioso, entendido como la relación "revelación-fe", lo que constituye el objeto de la teología y hace posible, por no decir que implica intrínsecamente, una reflexión sobre el mismo. Y, en nuestro caso, conviene además señalar que la realidad toda, convertida en objeto de la teología por el hecho de ser vivida desde la perspectiva de la revelación y de la fe, implica esa reflexión, que hace posible una toma de conciencia refleja en relación con lo vivido, y genera un dinamismo prospectivo en dicha conciencia.

De manera simplificada es posible entonces decir que la actividad teológica puede ser considerada como la tarea de conocer conscientemente la realidad toda, vivida desde la dimensión profunda de la revelación y de la fe, así como la tarea de asumir conscientemente y de manera siempre nueva el proyecto de la fe vivida.

## 2.2. La relación del conocimiento profundo de la fe con el conocimiento logrado por medio de otras actividades de reflexión

La reflexión a la que llama este fenómeno (religioso) puede tomar diversas formas. Puede ser, en primer lugar, una reflexión espontánea, que se presenta ocasionalmente entre los creyentes y adquiere características especiales, por ejemplo en los místicos. Puede ser, en segundo lugar, una reflexión voluntariamente emprendida en un sentido sistemático y metódico. Es en este último sentido en el que propiamente se ha hablado de la significación científica de la actividad teológica.

Ahora bien, toda actividad científica es actividad del conocimiento, es tarea de toma de conciencia refleja. ¿Qué relación existe entre el conocimiento logrado por la ciencia, o por actividades de reflexión como las humanísticas, y el conocimiento teológico? Es bien conocido el hecho de la evolución de la noción de ciencia, tal como ha sido aplicada a la teología. La antigua noción de ciencia aristotélica, aplicada a la reflexión teológica por la teología escolástica y de manera ejemplar por Santo Tomás de Aquino, guió hasta hace pocos años la realización de esta actividad y justificó aún la presencia de la teología en el contexto de otras actividades tradicionales científicas. Sin embargo, la noción moderna de ciencia ha hecho necesario un replanteamiento fecundo del problema de la significación científica de la teología y ha esclarecido el problema de la relación entre la teología y las demás actividades del conocimiento. Poco a poco se va insistien-

do en la necesidad de no realizar la tarea teológica como actividad aislada, sin relación con todo el proyecto humano del conocimiento y de la acción, lo que señalará una de las urgencias mayores que deberá tener en cuenta la teología actual.

De lo dicho hasta aquí se puede deducir una conclusión que arroja luz sobre la problemática nuestra acerca del papel de la teología en relación con el proyecto evangelizador de la Iglesia: la teología es un conocimiento de la realidad, conocimiento reflejo y prospectivo, que también podríamos designar como conciencia total de una experiencia profunda. La realidad, en estado de profundidad, es vivida por el cristiano: este vivir es asumido conscientemente. Y si esa experiencia es la experiencia que se designa a partir del sentido de la realidad que llamamos "evangelio", entonces podemos decir que la teología existe en función de la toma de conciencia del carácter evangélico de la realidad. Todo el problema que también designamos como el del sentido de la realidad. Hay que señalar que no es posible hablar de una conciencia puramente secreta y muda: es necesario hacer referencia al conocimiento de la fe como conocimiento expresable. La teología es por eso un discurso, o hace siempre posible un discurso que tiene las características del conocimiento al que hace referencia: es un discurso de significación profunda.

### **2.3. Características de una actividad teológica que quiera inspirar y animar la tarea de la evangelización profunda**

Las discusiones acerca del estatuto epistemológico de la teología han tenido, con frecuencia, la finalidad de fundamentar la competencia de la actividad teológica en cuanto conocimiento que tiene título de validez como el que tienen otras actividades del conocimiento de la realidad. La verdadera significación importante de este debate debería ser la de despertar el interés pastoral de la teología.

#### **2.3.1. La participación de la teología en el proyecto interdisciplinar**

Este aspecto es de mucha importancia para determinar un rumbo supremamente valioso que debe tomar la teología en nuestros días. En efecto, los objetivos evangelizadores que se pueden asignar a las actividades humanas, que constituyen el objeto del conocimiento científico y humanístico en general, no se pueden deducir directamente de los recursos que existen intrínsecamente en estos campos. El científico en cuanto tal no tiene implicada en su proyecto la tarea evangelizadora; ni ninguno de los sujetos de las actividades humanísticas. Los objetivos evangelizadores sólo surgen de la existencia en la fe, los cuales son objeto de concientización directa de la teología.

No es posible que todo hombre asuma el proyecto completo del conocimiento de manera directa, con competencia profesional. Pero sí es posible que, desde todas las perspectivas, se contemplen los objetivos últimos del proceso cognoscitivo: es posible que un científico oriente su misión, en forma abierta, hacia los ideales que se identifican con lo que es auténticamente humanizante, aún más con lo que es auténticamente evangélico. Lo mismo sucede con cualquier humanista. Es verdaderamente ideal la cooperación interdisciplinar, en el campo sistemático del conocimiento, para que se realice la tarea de evangelización de las realidades todas desde su profundidad, la evangelización de la cultura desde sus raíces. La teología actual necesita, por muchas razones, participar en el diálogo interdisciplinar, en especial para no terminar por elaborar un discurso cognoscitivo irreal y para no realizar una propuesta que sólo tenga apariencia de superposición o de paralelismo en relación con la cultura.

En las intenciones de todos los hombres que realizan tareas sistemáticas cognoscitivas pueden y deben existir ideales y valores auténticamente humanos. Los ideales y los valores evangélicos son ideales y valores profundamente humanos, que puede asumir toda persona.

### **2.3.2. La teología realiza su servicio de inspiración y de animación de la tarea evangelizadora de los cristianos, si hace posible una misión hermenéutica y creadora de sentido profundo en relación con la cultura.**

El conocimiento de la fe, que llamamos teología, no consiste en una tarea puramente repetidora y descriptiva de la realidad vivida. La teología, en cuanto actividad del conocimiento y en cuanto discurso de la fe, tiene que tener una característica necesaria, que la convierta en actividad verdaderamente pastoral. Sin esta dimensión no aparece explicada la función de la teología en relación con la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Se habla hoy, en el campo del lenguaje, del discurso realizable. El "lenguaje performativo" no es otra cosa que la expresión del sentido práctico y creativo de la conciencia asumida en función de la vida, de la acción. Aquí regresamos a la temática de la evangelización: sólo el proyecto evangelizador justifica, en último término, la actividad teológica. Se toma conciencia de la fe vivida, desde la perspectiva de la "revelación y de la fe", para expresarla, pero también para proyectarla y para impulsarla con nueva fuerza. Por eso, la teología no sólo nos sirve para darnos cuenta de la vida animada por el evangelio, sino que nos ayuda a motivarnos de nuevo para realimentar el proyecto de vivir nuestra existencia según el evangelio, para inspirar con los ideales evangélicos toda la realidad, toda la historia humana.

La conciencia refleja de la fe vivida, o de toda la realidad vivida, desde la perspectiva de la revelación y de la fe, tanto en su aspecto epistemológico como en su aspecto intencional, se convierte siempre en capacidad hermenéutica y creadora de significación. El cristiano lúcido es siempre un intérprete profundo de la realidad y un indicador del sentido profundo que debe adquirir el proyecto humano. Al hacerlo se convierte en un verdadero evangelizador, pues, con criterio evangélico interpreta el sentido de los logros humanos y, con el mismo criterio, impulsa el movimiento de toda la realidad. Y no lo hace propiamente desde fuera, de tal manera que la evangelización constituya solamente una sobreposición accidental de sentido, sino desde dentro, de tal manera que la evangelización se ejerza desde las raíces mismas de la realidad.

## Conclusión

Cuando se habla de teología se puede tener la impresión de que es necesario delimitar esta actividad al campo de lo puramente profesional. En realidad el sujeto último de la actividad teológica es, en alguna forma, toda la comunidad de los cristianos. Los teólogos profesionales tienen una misión específica: la de ser servidores de la Iglesia, con el fin de que todos sus miembros puedan llegar a alcanzar algún grado de conciencia refleja de su existencia y de sus proyectos evangelizadores. El empeño evangelizador hace que todos los cristianos lleguen a ser en el mundo “como lo que es el alma en el cuerpo”, según la bella expresión de la Epístola a Diogneto. La teología tiene, hoy como nunca, como uno de sus cometidos, el de despertar y animar de nuevo la conciencia evangelizadora de los cristianos, de la Iglesia toda, precisamente para que en la vida real ellos lleguen a ser en el mundo como “lo que es el alma en el cuerpo”, o lo que es lo mismo, para que toda la realidad pueda ser inspirada desde sus raíces por el evangelio. La teología tiene que terminar por ser, en este sentido, una actividad pastoral.